

La Beata Virgen María en la gloria del paraíso

En el mes que comienza con la solemnidad de Todos los Santos, con gran satisfacción se presenta un retablo, que, aunque poco conocido, es de gran importancia artística e iconográfica. El mismo representa a la Santísima Virgen María en la gloria del cielo entre los ángeles y santos: una pintura verdaderamente valiosa que estuvo expuesta durante muchos años para la veneración de los fieles en la Basílica de San Pedro.

La tela fue realizada en el año 1583 por Jacopo Zucchi para el cardenal Íñigo D'Avalos de Aragona y fue destinada a la Basílica Vaticana junto a otros cuadros que ilustraban los principales misterios del año litúrgico.

El florentino Jacopo Zucchi (1511-1596 aprox.) o Zacopo del Zucca, fue definido por Giorgio Vasari (1511-1574), del cual fue alumno y colaborador, «joven virtuoso y hábil pintor». De él sabemos que participó con algunas de sus obras en el grandioso aparato fúnebre para las exequias de Miguel Ángel y de él se podían admirar en San Pedro otros dos retablos de altar, que se conservan hoy en la iglesia de San Lorenzo en San Lorenzo Nuevo, Viterbo. La primera pintura, que representaba una *Ascensión del Señor*, se encontraba, desde el 1606 al 1623, en el actual altar de *San Miguel Arcángel*; la segunda, en cambio, mostraba una *Resurrección de Cristo* y se podía ver, desde el 1606 al 1632, sobre el actual altar de la *Crucifixión de San Pedro*.

El cuadro de la *Beata Virgen María en la gloria del Paraíso* se encuentra, en cambio, sobre el actual altar de *San Gregorio Magno*, en la capilla Clementina, que es donde permanece hasta 1627, cuando es sustituida por la pintura al óleo sobre tela de Andrea Sacchi (1599-1661) representando el *Milagro de San Gregorio*, obra traducida en mosaico en el 1772 por los mosaiquistas Vincenzo Castellini, Alessandro y Filippo

DIÁLOGO 72

Cocchi. Está además documentado que la pintura del Zucchi fue sucesivamente llevada a Santa Catalina de la Rueda, una iglesia filial de la Basílica de San Pedro, donde permaneció hasta la mitad del *Ottocento*, cuando hizo su entrada en el Vaticano. La célebre tela se encuentra hoy en la sacristía de los Canónigos, sobre la puerta del ambiente que precede a la Sala Capitular.

El retablo de altar *cinquecentesco* muestra al centro de una abarrotada composición, atentamente estudiada en cada detalle, la Beata Virgen María, en actitud de intercesión, con la cabeza velada y circundada de luz, en la gloria del Paraíso entre ángeles y el selecto ejército de los santos. La temática es toda una articulación de las palabras de las Bienaventuranzas y de ciertas reminiscencias del Apocalipsis, esculpidas sobre pequeñas tablillas sostenidas por los ángeles y santos, inscripciones que llevan escrito los caminos de la santidad y la condición de los bienaventurados en el Paraíso.

En lo alto, a la derecha de la composición, en el empíreo de una luz dorada, el eterno Padre es representado con la mano izquierda sobre el globo, sustentado por una multitud de querubines reunidos en la forma de un nimbo y rodeado por los símbolos de los Evangelistas (*Tetramorfo*). A la derecha del Padre Eterno está la alegoría de la Iglesia exaltada en la gloria, sentada sobre gavillas de espigas, símbolo de la mies madura, teniendo en su mano derecha el Evangelio y llevando el símbolo de las llaves de la Sede Apostólica en su izquierda. A la derecha, arriba, graciosos querubines llevan un aleteante cartel con las palabras «SAN[CTVS]-SAN[CTVS]». Sobre la izquierda del cuadro, semejantes grupos de querubines entre las nubes del cielo, enseñan «las bienaventuranzas» (Mt 5, 3-12) esculpidas sobre pequeñas losas de piedra: «B[EATI] PACIFICOS, BEATOS MITES, B[EATI] QVI P[ER]SECUTIONE[M] P[ATIVNTVR], BEATI QVI LVGENT, BEATI MISERICORDES, B[EATI] MVNDO CORDE, B[EATI] QVI ESVRIVNT ET S[ITIVNT] I[VSTITIAM], B[EATI] PAVPERES SPIRI[TV]» (*Bienaventurados los pacíficos, Bienaventurados*

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

DIÁLOGO 72

los mansos, Bienaventurados aquellos que son perseguidos, Bienaventurados los que lloran, Bienaventurados los misericordiosos, Bienaventurados los puros de corazón, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, Bienaventurados los pobres de espíritu).

La Virgen, entre los santos Juan Bautista y Evangelista, es circundada por el cercano grupo de las Santas Vírgenes coronadas de rosas, entre las que se destacan distintamente Santa Catalina de Alejandría con su típica rueda y Santa Inés con el cordero. Abajo, a los pies de la Virgen y cercano a la joven mártir romana, un róseo amorcillo lleva la inscripción de los versos del Apocalipsis (14, 1, 3-4) «HI SVNT QVI SEQVVNTVR AGNVM, QUOCVMQVE IERIT» (*estos son los que siguen al Cordero a donde quiera que vaya*).

Se reconocen luego, a los lados de la Madre Celeste, los Apóstoles Pedro y Pablo. Detrás, San Pedro con el libro y las llaves, a mano izquierda del que observa la pintura, está representado San Esteban protomártir con la piedra sobre la cabeza y Santa María Magdalena con el frasco de los perfumes. En posición retrasada, luego, San Bartolomé se reconoce con el cuchillo y, delante de él, otro Santo Evangelista con el libro abierto.

San Pablo, a la izquierda de la Virgen, está representado con la espada, mientras sostiene una losa de piedra en que están escritas las palabras de la carta a los Hebreos (13, 4): «HONORABILES NVPTIAE ET CVBILE INMACVLATVM» (*que todos respeten el matrimonio y ninguno manche la unión conyugal*). Detrás del apóstol de las Gentes, dos Doctores de la Iglesia mitrada, están representados durante un coloquio. Con toda probabilidad, se trata de San Agustín, con la barba oscura y de San Ambrosio, mientras que el viejo San Jerónimo, de perfil y con la barba blanca, se dirige a un Santo Pontífice con tiara y pluvial, probablemente el Papa Dámaso.

En primer plano y en proporciones mayores, son representados algunos personajes emblemáticos del antiguo Testamento, para indicar

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

que la santidad recoge a todos los que han creído y esperado al Mesías. Así, a la derecha del cuadro, reconocemos al profeta Isaías con la sierra en mano, que alude a la tradición de su martirio y con la inscripción (Is 32, 18): «SEDEBIT POPVULVS MEVS IN PVLCHRITVDINE PACIS» (*habitará mi pueblo en un albergue de paz*). Junto a él, el Rey David con la cítara para el canto del Salterio, mientras se dirige al Rey Salomón. Apoyada sobre la cítara se lee la inscripción referida a María (cfr. Sal 45, 10): «ASTITIT REGINA A DEXTRIS TVIS: IN VESTITV DEAVRATO CIRCVDATA VARIETATE» (*a tu derecha está la reina vestida con oro de Ofir*).

Sobre la izquierda de la pintura, en primer plano, finalmente, está representado Abraham con el cuchillo, junto a su hijo Isaac con el haz de leña para el sacrificio, prefiguración del sacrificio del Mesías. Abraham lleva una lastra con la siguiente frase del Génesis (12, 3): «BENEDICETVR IN SEMINE TVO OMNES GENTES TERRAE» (*por ti se bendecirán todas las naciones de la tierra*). Detrás de Abraham, el personaje con la barba blanca, debemos interpretar que es probablemente un profeta que está acompañado por su discípulo, quizá Elías y Eliseo.

En el centro inferior de la pintura, dos rubios amorcillos muestran a los fieles las significativas palabras del Apocalipsis (19, 9): «BEATI QUI AD CENAM NVPTIARVM AGNI VOCATI SUNT» (*dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero*).

Traducido por P. Lic. Agustín Spezza, IVE